



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL REVERSO
DE LA
HISTORIA · CONTEMPORÁNEA

EPISODIO PRIMERO

LA SEÑORA DE LA CHANTERIE

Una hermosa tarde del mes de Septiembre del año 1836, un hombre de unos treinta años permanecía apoyado en la barandilla de ese muelle que permite ver el Sena, mirando hacia arriba, desde el jardín de Plantas hasta Notre-Dame, y mirando hacia abajo la vasta perspectiva de aquel río hasta el Louvre. No existen dos puntos de vista semejantes en la gran capital de las ideas. Parece hallarse uno allí en la popa de un navío gigantesco. Se ve París desde los romanos hasta los francos, desde los normandos hasta los borgoñones, la edad media, los Valois, Enrique IV y Luis XIV, Napoleón y Luis Felipe. Desde allí el panorama ofrece vestigios de estos hechos y reinados, ó algún monumento que arrastra la mente al pasado. Santa Genoveva despunta con su cúpula en el barrio latino. Detrás de vosotros se levanta la magnífica cúspide de la catedral. El ayuntamiento os habla de todas las revoluciones de París y el hospital de todas sus miserias. Cuando habéis entrevisto los esplendores del Louvre, dando dos pasos podéis ver los andrajos de aquella innoble manzana de casas situadas entre el

malecón de la Tournelle y el Hospital, inmundo barrio que los modernos regidores se ocupan en este momento de hacer que desaparezca.

En 1835, este maravilloso cuadro ofrecía una nueva curiosidad: entre el parisiense apoyado en la barandilla y la catedral se extendían aún las ruinas del Arzobispado, el Terrain, pues tal era el antiguo nombre de este lugar desierto. Cuando se contemplan desde allí tantos lugares inspiradores, cuando el alma abraza el pasado y el presente de la ciudad de París, la religión parece estar albergada en aquel sitio cual si tratase de tender sus dos manos para aliviar los dolores de una y otra orilla, cual si tratase de ir del arrabal de Saint-Antoine al arrabal Saint-Marceau. Esperemos á que tan sublimes armonías se completen con la construcción de un palacio episcopal del genero gótico, que ha de reemplazar á las casuchas sin carácter situadas entre el Terrain, la calle de Arcole, la catedral y el malecón de la Cité.

Este punto, que es el corazón del antiguo París, es el lugar más solitario y más melancólico de la ciudad. Las aguas del Sena corren allí con estrépito, y la catedral cubre con su sombra este sitio á la caída de la tarde. Se comprende que tales lugares promuevan y originen grandes pensamientos en un hombre atacado de una enfermedad moral. Seducido sin duda por el recuerdo que existía entre sus ideas del momento y las que nacen al contemplar tan diversos parajes, el paseante permanecía con las manos apoyadas en la barandilla y siendo presa de una doble contemplación: ¡París y él! Las sombras crecían, los faroles se encendían en lontananza, y él no se marchaba, dominado sin duda por una de esas profundas meditaciones de nuestro porvenir, que el pasado contribuye á hacer tan solemnes.

En este momento oyó que se aproximaban á él dos personas cuya voz había llegado á sus oídos desde el puente de piedra que une la isla de la Cité con el muc-

lle de la Tournelle. Aquellas dos personas debían creerse solas y hablaban un poco más alto de lo que lo hubiesen hecho en lugares frecuentados, ó si se hubiesen apercebido de la presencia de un extraño. Desde el puente las voces anunciaban una disputa que, por algunas palabras que había oído el involuntario testigo de esta escena, parecía tener por causa una cuestión de préstamo de dinero. Al llegar al lado del paseante, una de las dos personas, vestida como si fuese un obrero, dejó á la otra haciendo un movimiento de desesperación. La otra, al verle alejarse, llamó al obrero y le dijo:

—No lleva usted ni un céntimo para volver á pasar el puente. Tenga usted, añadió, entregándole una moneda, y acuérdesese, amigo mío, de que siempre que se nos ocurren buenos pensamientos es el mismo Dios quien nos los inspira.

Esta última frase hizo estremecer al soñador. El hombre que hablaba de este modo no sospechaba siquiera que, como suele decirse, mataba dos pájaros de un tiro, ó, lo que es lo mismo, que dirigía sus palabras á dos seres desgraciados: á un industrial desesperado y á un alma enferma y sin brújula, á una víctima de lo que los carneros de Panurgo llaman el progreso, y á una víctima de lo que Francia llama la igualdad. Aquella frase, sencilla en sí misma, fué grande por el acento con que la pronunció el que la decía, cuya voz poseía cierto encanto. ¿No existen voces tranquilas, suaves y en armonía con los efectos que la presencia del personaje produce en nosotros?

Por el traje, el parisiense reconoció á un sacerdote, y vió á los últimos rayos del crepúsculo un rostro blanco, angusto, pero estragado. La vista de un sacerdote al salir de la hermosa catedral de San Esteban, en Viena, para ir á llevar la extremaunción á un moribundo, determinó al célebre autor trágico Werner á hacerse católico. Lo mismo le sucedió al parisiense al ver al hombre que, sin saberlo, acababa de consolarle:

vió en el amenazador horizonte de su porvenir una larga huella luminosa en que brillaba el azul del éter, y siguió aquella claridad, como siguieron los pastores del Evangelio la dirección de la voz que les gritó desde arriba: «El Señor acaba de nacer». El hombre que había pronunciado aquellas consoladoras palabras caminaba á lo largo de la catedral, y, por una consecuencia de la casualidad, que á veces es consecuente, se dirigió hacia la misma calle de donde el paseante venía, y adonde volvía llevado por las faltas de su vida.

Este paseante se llamaba Godofredo. Cuando termine esta historia se comprenderá la causa que nos mueve á no usar más que los nombres de los personajes que en ella figuran.

Explicuemos ahora el porqué Godofredo, que vivía en el barrio de la Chaussée-d'Antin, se encontraba á semejante hora en los alrededores de Notre-Dame.

Hijo de un comerciante al por menor que, á fuerza de economías había logrado hacer una fortuna, fué toda la ambición de su padre y su madre, que soñaron con hacerle notario en París. En su consecuencia, desde la edad de siete años fué puesto en el colegio del abate Liautard, entre los hijos de muchas familias distinguidas que, bajo el reinado del Emperador, habían escogido esta casa para la educación de sus hijos, por adhesión á la religión, un tanto olvidada en los liceos. Mientras estuvo en el colegio, las desigualdades sociales, entre él y sus compañeros, pasaron para Godofredo desapercibidas; pero en 1821, una vez acabados sus estudios y colocado en casa de un notario, no tardó en reconocer las distancias que le separaban de aquellos con quienes hasta entonces había vivido familiarmente.

Obligado á estudiar la carrera de derecho, se vió confundido entre una multitud de hijos de familias modestas que, sin fortuna ni distinciones hereditarias, tenían que esperar todo de su valor personal ó de

sus obstinados trabajos. Las esperanzas que sus padres, retirados ya del comercio, fundaban en él estimularon su amor propio, sin darle por eso orgullo. Sus padres vivían sencillamente sin gastar más que la cuarta parte de sus doce mil francos de renta, y destinaban sus economías, así como la mitad de su capital, á la adquisición de una notaría para su hijo. Sometido á las leyes de esta economía doméstica, Godofredo juzgaba su estado presente tan distante de los sueños de sus padres y de los suyos propios, que experimentó un gran desaliento. En las naturalezas débiles el desaliento se convierte en envidia. Mientras que otros, á quienes la necesidad, la voluntad y la reflexión obligaban á tener talento, marchaban recta y resueltamente por la vía trazada á las ambiciones de las clases medias, Godofredo se rebeló, quiso brillar, frecuentó lugares demasiado alumbrados para él, y sus ojos quedaron heridos por el exceso de luz. Intentó medrar, pero todos sus esfuerzos sólo sirvieron para demostrarle su impotencia. Al ver por fin la falta de equilibrio que existía entre sus deseos y su fortuna, tomó odio á las supremacías sociales, se hizo liberal é intentó hacerse célebre con un libro; pero aprendió á expensas suyas á considerar al talento con igual respeto que á la nobleza. Habiendo abordado sucesivamente y sin éxito el notariado, la abogacía y la literatura, quiso ser magistrado.

En este momento murió su padre. Su madre, que, para las necesidades de su vejez, se contentó con unos dos mil francos de renta, le entregó casi toda su fortuna. Dueño á los veinticinco años de diez mil francos de renta, se creyó rico, y lo era con relación á su pasado. Hasta entonces su vida había sido una serie de actos sin voluntad, de impotentes deseos; y, para marchar con el siglo, para obrar, para desempeñar un papel, intentó entrar en un mundo cualquiera con ayuda de su fortuna. En primer término encontró el periodismo, que tiende siempre sus brazos al primer capital que

llega. Ser propietario de un periódico es convertirse en un personaje: se explota la inteligencia y se participa de sus placeres, si bien sin tomar parte en sus trabajos. Nada es más tentador para almas mezquinas que el elevarse de este modo á costa del talento ajeno. En París se han visto á dos ó tres advenedizos de este género, cuya popularidad es una vergüenza para la época y para aquellos que les han prestado su apoyo.

En esta esfera, Godofredo fué obscurecido por el torpe maquiavelismo de unos, ó por la prodigalidad de otros, por la fortuna de capitalistas ambiciosos, ó por el talento de los redactores; se vió arrastrado á las disipaciones á que dan lugar la vida literaria ó política, y á las distracciones necesarias á los hombres que se dedican con exceso á trabajos intelectuales. Trabajó entonces conocimiento con gentes de mal vivir, pero éstas le hicieron saber que su casa no tenía ningún atractivo y que uno de sus hombros era indudablemente más alto que el otro, sin que estos defectos fuesen compensados por la bondad ni por la maldad de su espíritu. El mal tono es el salario que los artistas sacan diciendo la verdad.

Pequeño, mal formado, sin talento y sin iniciativa propia, todo estaba dicho tratándose de un joven y de una época en que, para lograr una posición en todas las carreras, la reunión de las más altas cualidades no significan nada sin la suerte, ó sin la tenacidad que impera sobre la suerte.

La revolución de 1830 curó las heridas de Godofredo, que tuvo el valor de tener esperanza, lo cual equivale á la desesperación. Como tantos otros periodistas oscuros, logró que lo nombrasen para un cargo administrativo, en donde sus ideas liberales, reñidas con las exigencias de un nuevo poder, lo convirtieron en un rebelde. Empapado de liberalismo, no supo, como otros hombres superiores, resignarse. Para él, obedecer á los ministros era cambiar de opinión. Por

otra parte, le pareció que el gobierno faltaba á las leyes de su origen. Godofredo se declaró por el *movimiento* cuando se trataba de *resistencia*, y volvió á París casi pobre, pero fiel á las doctrinas de la oposición.

Asustado de los excesos de la prensa, y más asustado aún de los atentados del partido republicano, buscó en el retiro la única vida que convino siempre á un sér cuyas facultades fuesen incompletas, que no tuviese fuerzas para resistir el rudo ejercicio de la vida política, cuyos sufrimientos y lucha permaneciesen desconocidos, y que estuviese cansado de sus impotentes esfuerzos y sin amigos, pues la amistad exige cualidades ó defectos salientes, pero que poseyese una sensibilidad más soñadora que profunda. ¿No era este el único partido que podía convenir á un joven engañado varias veces por los placeres, y envejecido por el contacto con una sociedad tan excitante como excitada?

Su madre, que se moría en la apacible aldea de Anteuil, llamó á su hijo, tanto para tenerlo á su lado como para ponerlo en un camino en que encontrase la dicha constante y sin emociones, que es la única que conviene á semejantes almas. Al ver que á los veintiocho años estaba reducida su fortuna á cuatro mil francos de renta, sus deseos apagados, sus pretendidas capacidades extinguidas, su actividad nula, su ambición humillada y su odio contra todo lo que se elevaba legitimamente, la madre de Godofredo acabó por juzgarlo, é intentó casarlo con una joven hija única de unos comerciantes retirados, la cual podía servir de tutor al alma enferma de su hijo; pero el padre de la muchacha estaba dotado de ese espíritu calculador que no abandona nunca un antiguo comerciante en las especulaciones matrimoniales, y, después de un año de relaciones, Godofredo fué rechazado. En primer lugar, á los ojos de los padres de la novia, aquel pretendiente debía conservar la profunda inmovilidad adquirida en su carrera, y después, durante

aquel mismo año, había disminuído aún su capital, haciendo gastos tanto para deslumbrar á los padres como para procurar agrandar á la hija. Esta vanidad, que si bien se mira es bastante perdonable, determinó la negativa de la familia, que sentía horror á la disipación, tan pronto como supo que Godofredo había perdido ciento cincuenta mil francos en seis años.

Este golpe hirió tanto más profundamente á aquel corazón ya marchito, cuánto que la joven carecía de hermosura. Pero bien instruído por su madre, Godofredo había reconocido en su futura la existencia de una alma seria y las inmensas ventajas de una inteligencia sólida; se había acostumbrado á su rostro, había estudiado su fisonomía, y le gustaban la voz, los modales y la mirada de aquella joven. Después de haber puesto en aquel cariño las últimas ilusiones de su vida, experimentó la más amarga de las desesperaciones. Su madre murió, y él, cuyas necesidades habían seguido el movimiento del lujo, se encontró con cinco mil francos de renta por toda fortuna, y con la seguridad de no poder reparar nunca sus pérdidas, reconociéndose incapaz de la actividad que exige esta palabra terrible: *¡hacer fortuna!*

La debilidad impaciente y melancólica no desaparece de pronto. Así es que durante su luto buscó distracciones en París: comía en las mesas redondas de las fondas, trababa amistad con desconocidos, buscaba relaciones, y sólo encontraba ocasiones para nuevos gastos. Paseándose por los bulevares sufría tanto, que la vista de una madre acompañada de una hija casadera le causaba una sensación tan dolorosa como la que experimentaba cuando veía á un joven yendo al bosque de Bolonia á caballo, á un advenedizo con su elegante coche ó á un empleado condecorado. El sentimiento de su impotencia le decía que no podía pretender ni la más honrosa de las posiciones secundarias, ni el más fácil destino; y tenía bastante corazón para estar constantemente contrariado y herido,

y bastante talento para hacerse á sí mismo elegías llenas de odio y de amargura.

Inhábil para luchar contra las cosas, comprendiéndose con facultades, pero sin voluntad para ponerlas en acción, convencido de sus defectos, sin fuerza para emprender una gran cosa y para resistir á los vicios que había adquirido durante su vida anterior, producto de su educación y de su ociosidad, estaba devorado por tres enfermedades, una de las cuales bastaba para que sintiese repugnancia por la vida cualquier joven alejado ya de la fe religiosa. Por estas razones, Godofredo tenía esa cara que tienen tantos hombres y que ha llegado á ser el tipo de la cara parisiense; se ven en ella ambiciones burladas ó muertas, una mezquindad interior, un odio adormecido por la indolencia de una vida bastante ocupada con el espectáculo exterior y diario de París, una inapetencia que busca excitantes, la queja sin el talento, la mueca de la fuerza, el veneno de desengaños anteriores que mueve á reírse de todas las burlas, á deshonrar á todo el que medra, á desconocer los poderes más necesarios, á regocijarse con sus apuros y á no mostrarse partidarios de ninguna forma social. Este mal parisiense es á la conspiración activa y permanente de las gentes de energía lo que la albura á la savia del árbol: la conserva, la sostiene y la disimula.

Cansado de sí mismo, llegó un día en que Godofredo quiso dar un rumbo á su vida al encontrar á uno de sus compañeros de colegio que había hecho la tortuga de la fábula de La Fontaine del mismo modo que él había hecho la liebre. En una de esas conversaciones provocadas por su reconocimiento entre amigos de colegio, y mantenida paseándose al sol en el boulevard de los Italianos, quedó asombrado al ver que había logrado sus deseos aquél que, dotado en apariencia de menos medios y menos fortuna que él, se había puesto á ejecutar por la mañana lo que ha-

bía deseado la vispera. El enfermo resolvió entonces imitar aquella sencilla conducta.

—La vida social es como la tierra, que nos da en razón de nuestros esfuerzos, le había dicho su compañero.

Godofredo tenía ya deudas. Por primer castigo, por primer trabajo, se propuso vivir aislado, pagando las deudas con su renta. Para un hombre acostumbrado á gastar seis mil francos cuando no tenía más que cinco mil, el reducirse á vivir con dos mil francos no era pequeña empresa. Leyó todas las mañanas el periódico *Petites Affiches*, esperando ver anunciado en él algún asilo donde sus gastos pudiesen fijarse y donde pudiese gozar de la sociedad necesaria á un hombre que quería reconcentrarse en sí mismo, examinarse y dar un rumbo á su vida. Las costumbres de las casas de huéspedes del barrio latino herían su delicadeza, las casas de salud le parecieron malsanas, é iba á caer en las fatales irresoluciones de la gente sin voluntad, cuando llamó su atención el anuncio siguiente:

Pequeña habitación por sesenta francos al mes, que puede convenir á un eclesiástico. Se desea un inquilino tranquilo, y se le daría la comida y se le amueblaría la habitación á precios moderados en caso de conveniencia mutua.

Dirigirse á la calle de la Chanoinesse, cerca de Notre-Dame, al señor Millet, tendero, el cual dará todos los informes que se deseen.

Seducido por la candidez que denotaba este anuncio y por el perfume de modestia que exhalaba, Godofredo había ido á eso de las cuatro de la tarde á casa del tendero, el cual le había dicho que la señora de la Chanterie estaba comiendo en aquel momento y

no recibía á nadie durante sus comidas. Aquella señora estaba visible por la noche, después de las siete, ó por la mañana, de diez á doce. Al mismo tiempo que hablaba, el señor Millet examinaba á Godofredo y le hacía sufrir un primer examen.

—¿Es el señor soltero? La señora deseaba una persona de costumbres arregladas, pues se cierra la puerta á las once á más tardar. Pero, por su edad, me parece que el señor ha de convenir á la señora de la Chanterie.

—¿Qué edad me supone usted? preguntó Godofredo.

—Unos cuarenta años, respondió el portero.

Esta sencilla respuesta sumió á Godofredo en un acceso de misantropía y de tristeza; se fué á comer al muelle de la Tournelle, y volvió á contemplar Notre-Dame en el momento en que los últimos rayos del sol poniente iluminaban los múltiples arbotantes de su cúspide. El muelle se encuentra ya en la sombra cuando las torres brillan coronadas de luz, y este contraste llamó la atención de Godofredo, que estaba entregado á todas las amargas que la cruel sencillez del tendero había removido.

Este joven flotaba, pues, entre los consejos de la desesperación y la conmovedora voz de las armonías religiosas promovidas por la campana de la catedral, cuando en medio de las sombras, del silencio y de las claridades de la luna oyó la frase del sacerdote. Aunque poco devoto, como la mayor parte de los jóvenes de este siglo, aquellas palabras atacaron su sensibilidad y se encaminó á la calle de la Chanoinesse cuando ya no pensaba volver.

El sacerdote y Godofredo quedaron tan asombrados uno como otro al ver que ambos entraban en la calle de Massillón, que está enfrente del pórtico norte de la catedral, y se encaminaban juntos, por la calle de la Chanoinesse, al lugar en que, hacia la calle de la Colombe, acaba por convertirse en calle de los Marmou-

sets. Cuando Godofredo se detuvo en el umbral de la puerta de la casa en que vivía la señora de la Chanterie, el sacerdote se volvió hacia Godofredo y lo examinó á la luz del farol, que será sin duda uno de los últimos en desaparecer del centro del viejo París.

—¿Viene usted á ver á la señora de la Chanterie, caballero? le preguntó el sacerdote.

—Si, respondió Godofredo; las palabras que acabo de oírle decir á un obrero me prueban que esta casa, si usted vive en ella, tiene que ser saludabe para mi alma.

—¿Ha sido usted, pues, testigo de mi derrota? dijo el sacerdote levantando el picaporte. Ya habrá visto usted que no he logrado mi objeto.

—Al contrario, me parece que el obrero fué el derrotado, pues pedía á usted dinero con mucha energía.

—¡Ay de mí! respondió el sacerdote, una de las mayores desgracias de las revoluciones en Francia es que cada una de ellas es un nuevo aliento para la ambición de las clases inferiores. Para salir de su condición, para llegar á hacer la fortuna, que se considera hoy como la única garantía social, este obrero se entrega á esas monstruosas combinaciones que, si no salen bien, tienen que llevar al especulador á rendir cuentas á la justicia humana. He ahí lo que produce á veces la ociosidad.

El portero abrió una pesada puerta, y el sacerdote dijo á Godofredo:

—Supongo que vendrá usted por la habitacioncita.

—Sí, señor.

El sacerdote y Godofredo atravesaron entonces un amplio patio, en cuyo fondo se dibujaba, en negro, una elevada casa, flanqueada por una torre cuadrada más elevada aún que los tejados y de sorprendente vetustez. El que conoce la historia de París sabe que el suelo se ha elevado de tal modo delante y en torno de la catedral, que no existe vestigio de los doce pel-

daños que era necesario subir antes para entrar en ella. Hoy, la base de las columnas del pórtico está al nivel del suelo. El piso bajo primitivo de aquella casa debe constituir hoy las bodegas. Una escalinata de algunos peldaños se encuentra á la entrada de esta torre, adonde sube en espiral una vieja escalera de caracol cuyo árbol está esculpido en forma de sarmiento. Este estilo, que recuerda el de las escaleras de Luis XII del castillo de Blois, se remonta al siglo xiv. Sorprendido de estos mil síntomas de antigüedad, Godofredo no pudo menos de decir sonriendo al sacerdote:

—Se conoce que esta torre no es de ayer.

—Según se dice, sostuvo el ataque de los normandos y formaba parte del palacio de uno de los primeros reyes de París; pero según las tradiciones, es más probable que haya sido morada del canónigo Fulbert, tío de Eloisa.

Al acabar estas palabras, el sacerdote abrió la puerta de la habitación que parecía ser el piso bajo y que da á los dos patios, pues existe uno interior y otro exterior.

En esta primera pieza trabajaba, al resplandor de un quinqué, una criada cubierta con una cofia de batista, la cual metió una de las agujas entre sus cabellos, y, conservando la media en la mano, se levantó para abrir la puerta de un salón que recibía la luz del patio interior. El traje de esta mujer recordaba el de las hermanas de la caridad.

—Señora, le traigo á usted un inquilino, dijo el sacerdote introduciendo á Godofredo en aquella pieza, donde se veían tres personajes sentados en sendos sofás al lado de la señora de la Chanterie.

Los tres personajes se levantaron y la dueña de la casa hizo lo propio; después, cuando el cura señaló un sillón á Godofredo, y cuando el futuro inquilino se hubo sentado obedeciendo á un signo de la señora de la Chanterie, acompañado de estas usuales palabras:

«Siéntese usted, caballero», el parisiense creyó hallarse á una enorme distancia de París, en la baja Bretaña ó en el fondo del Canadá.

El silencio tiene sin duda sus grados. Godofredo, impresionado acaso por el silencio de las calles de Massillón y Chanoinesse, donde no se ven dos coches al mes, y por el silencio del patio y de la torre, debió creer que se hallaba en el corazón del silencio al penetrar en aquel salón rodeado de calles tan viejas y de patios y murallas tan antiguos.

Esta parte de la isla, que se llama el Claustro, ha conservado el carácter común á todos los claustros: parece húmeda, fría, y permanece en el más profundo silencio monástico á las horas de más movimiento del día. Por otra parte, debe observarse que toda esta porción de la Cité, colocada entre Notre-Dame y el río, está situada al Norte y á la sombra de la catedral. Los vientos del Este se internan allí sin encontrar obstáculos, y las nieblas del Sena están allí retenidas en cierto modo por las negras paredes de la antigua iglesia metropolitana. De modo que nadie debe asombrarse de la impresión que causó á Godofredo el verse en aquel viejo edificio y en presencia de cuatro silenciosas personas tan solemnes como las cosas mismas. Godofredo no miró en torno suyo y fijóse únicamente en la señora de la Chanterie, cuyo nombre le había chocado. Evidentemente aquella dama era una persona del otro siglo, por no decir del otro mundo. Tenía un rostro dotado de una dulzura insípida y tonos á la vez suaves y fríos, nariz aguileña, ojos negros y mentón doble, todo encuadrado por bucles de cabellos plateados. Tan estrecha y ajustada era su bata, según la moda del siglo XVIII, que sólo se le podía dar el nombre de funda. La tela que la componía, de seda color carmelita á largas rayas verdes, finas y multiplicadas, parecía ser de la misma época. Cubría el cuerpo de la bata una mantilla de seda guarnecida de encaje negro y sujeta en el pecho con un alfiler

que sustentaba una miniatura. Los pies, calzados con zapatillas de terciopelo negro, descansaban en un pequeño cojín. Lo mismo que su criada, la señora de la Chanterie hacía media, y llevaba bajo su cofia de encaje una aguja sostenida por sus rizados bucles.

—¿Ha visto usted al señor Millet? le preguntó á Godofredo con aquella voz y maneras propias de las viudas nobles del arrabal de Saint-Germain, al verle casi azorado y como para concederle la palabra.

—Sí, señora.

—Mucho me temo que la habitación no le convenga, repuso la dama observando la elegancia, la novedad y la frescura del traje de su futuro inquilino.

Godofredo llevaba botas de charol, guantes amarillos, ricos botones en la pechera y una cadena sujeta á uno de los ojales de su chaleco de seda negra con flores azules. La señora de la Chanterie sacó un silbato de plata de uno de sus bolsillos y silbó. La criada entró.

—Manón, hija mía, enseñe usted la habitación á este caballero. Querido vicario, ¿quiere usted acompañarle? repuso dirigiéndose al sacerdote. Si por casualidad le conviniese á usted la habitación, podremos hablar de las condiciones, dijo levantándose de nuevo y mirando á Godofredo.

Godofredo saludó y salió. Oyó el ruido de hierro producido por las llaves que Manón sacaba de un cajón, y la vió encender la bujía de una gran palmatoria de cobre amarillo. Manón pasó delante sin proferir ni una palabra. Cuando Godofredo se vió en la escalera, subiendo á los pisos superiores, dudó de la vida real: soñaba despierto y veía el mundo fantástico de las novelas que había leído durante sus horas de ocio. A todo parisiense escapado, como él, del barrio moderno, del lujo de las casas y de los muebles, del brillo de las fondas y de los teatros, del movimiento del corazón de París, le hubiera pasado lo mismo. La palmatoria llevada por la criada alumbraba débil-

mente la antigua escalera en forma de espiral, donde las arañas habían tendido sus telas llenas de polvo. Manón llevaba una saya de burdo paño que formaba gruesos pliegues, y su corpiño era cuadrado lo mismo por delante que por detrás. Llegado al tercer piso, que pasaba por ser el segundo, Manón se detuvo, hizo mover los resortes de una antigua cerradura y abrió una puerta pintada de un color de caoba muy mal imitado.

—Ya estamos, dijo entrando delante.

¿Era un avaro, un pintor muerto de indigencia, un cínico á quien el mundo era indiferente, ó algún religioso separado del mundo el que había ocupado aquella habitación? Se podía hacer esta cuádruple pregunta al sentir el olor de la miseria, al ver las manchas de grasa del papel ahumado, los techos ennegrecidos, las ventanas con pequeños cristales llenos de polvo, los ladrillos del pavimento de un color terroso y húmedo, y las maderas de puertas y ventanas llenas de una capa de mugre. La habitación era cuadrada como la casa que encuadraba el patio interior, que Godofredo no había podido ver á causa de la obscuridad de la noche.

—¿Quién ha vivido aquí? preguntó Godofredo.

—Un antiguo consejero del parlamento, tío segundo de la señora, un tal señor Boisfrelon. Chocho desde la Revolución, este anciano murió en 1832 á los noventa y seis años de edad, y la señora no pudo decidirse á meter en seguida á un extraño.

—¡Oh! la señora hará limpiar la habitación y la amueblará de modo que el señor quede satisfecho, repuso Manón.

—Eso depende del arreglo que ustedes hagan, repuso el sacerdote. El piso tiene un hermoso recibidor, un gran dormitorio y un gabinete, y después los dos cuartitos que dan al patio, que pueden servir de despacho. Así está distribuída mi habitación de debajo y la del que vive arriba.

—Sí, dijo Manón. La habitación del señor Alain es como la de usted, pero tiene además la vista de la torre.

—Me parece que sería preciso volver á ver esto de día, dijo tímidamente Godofredo.

—Como usted guste, dijo Manón.

El sacerdote y Godofredo bajaron, dejando que cerrase las puertas la criada, que no tardó en unirseles. Al entrar en el salón, Godofredo, más tranquilo ya, pudo examinar los seres, las personas y las cosas, al mismo tiempo que hablaba con la señora de la Chanterie.

Este salón tenía en las ventanas unas cortinas de seda antigua encarnada, sostenidas por cordones también de seda. El rojo pavimento se veía en los bordes de una vieja alfombra que era demasiado pequeña para cubrirlo completamente. El maderamen estaba pintado de un color gris. El techo, separado en dos partes por una gran viga que partía de la chimenea, parecía una concesión hecha tardíamente al lujo. Los sofás, de madera pintada de blanco, estaban tapizados. Un mezquino reloj entre dos candelabros de cobre dorado, adornaba la chimenea. La señora de la Chanterie tenía á su lado una mesa vieja, sobre la cual se veían sus pelotas de lana dentro de un cestito de junco. Una lámpara idrostática alumbraba esta escena.

Los cuatro hombres sentados, fijos, inmóviles y silenciosos como bronces, habían dejado indudablemente su conversación, lo mismo que la señora de la Chanterie, al oír volver al extranjero. Todos tenían caras frías y discretas en armonía con el salón, la casa y el barrio que habitaban. La señora de la Chanterie convino en lo razonable de las observaciones de Godofredo, y le respondió que no quería hacer nada antes de conocer las intenciones de su inquilino, ó, mejor dicho, de su huésped. Si el inquilino se amoldaba á las costumbres de su casa, pasaría á ser su huésped; ¡pero diferían tanto aquellas costumbres de